

Llantos de mujer y voces furiosas de hombres salían de los coches, cuyos cristales se descorrían con violencia. Sólo las dos inglesitas estaban alegres, tranquilas, sonrientes. Y al tratar el conductor jefe de serenar á los viajeros, la más pequeña le preguntó en francés, con un ligero ceceo británico:

—¿De manera, caballero, que aquí es donde nos paramos?

Varios señores se habían bajado á pesar de la espesa capa en que se hundían hasta el vientre. El americano fué á juntarse con el joven del Havre y ambos se adelantaron hacia la máquina para ver. Hicieron una mueca.

—Pasarán cuatro ó cinco horas antes de que la desenreden de ahí.

—Lo menos, y contando con unos veinte obreros.

Santiago acababa de decidir al conductor jefe para que mandase al conductor de cola á Barentin en demanda de socorro. Ni él ni Pecqueux podían abandonar la máquina. El empleado se alejó y le perdieron de vista al final de la zanja. Tenía que andar cuatro kilómetros, de modo que quizás no estuviera de vuelta antes de dos horas. Y Santiago, desesperado, dejó un instante su puesto y corrió al primer coche, en donde veía á Severina que había bajado el cristal.

—No tenga Ud. miedo—dijo rápidamente.—Supongo que estará Ud. tranquila.

Ella contestó en igual tono, sin tutearle, por temor á que la oyeran.

—No tengo miedo, pero he tenido mucha inquietud por usted.

Y aquello era tan dulce, que quedaron consolados y se sonrieron. Pero al volverse Santiago tuvo la sorpresa de ver, á lo largo del declive, á Flora y luego á Misard seguido de otros dos hombres, á los que no reconoció de pronto. Habían oído el silbido de apuro, y Misard, que no estaba de servicio, llegaba con los dos compañeros, á quienes estaba convidando á unas copas de vino blanco el cantero Cabuche, sin trabajo con aquellanieve, y el guarda-agujas Ozil, llegado de Malaunay por el túnel para cortejar á Flora, á la que continuaba persiguiendo á pesar de los desdenes de ésta. Ella, por curiosidad, como muchachota vagabunda, valiente y fuerte, les acompañaba. Y tanto para ella como para su padre, era un acontecimiento considerable, una extraordinaria aventura, aquel tren deteniéndose así á su puerta. Desde hacía cinco años que habitaban allí, á cada hora del día y de la noche, con el tiempo hermoso, con los nublados, ¡cuántos trenes habían visto pasar en el torbellino de su velocidad! Todos parecían arrastrados por aquel viento que los atraía; ni uno sólo había aflojado siquiera su marcha; los miraban huir, perderse, desaparecer, antes que ni la más mínima cosa supiesen de ellos. El mundo entero desfilaba, turba humana arrastrada á todo vapor, sin que nada de aquello quedase, sino caras entrevistadas en medio de un relámpago, caras que nunca volverían á ver, á veces semblantes

que les eran familiares á fuerza de verles en días fijos, pero que para ellos quedaban sin nombres. Y hé ahí, que en la nieve, un tren desembarcaba en su casa; el orden natural estaba trastornado; miraban á aquella gente desconocida echada sobre la vía por un accidente; la contemplaban con ojos redondos de salvaje, acudiendo á una costa en que naufragan europeos. Aquellas portezuelas abiertas dejando ver mujeres envueltas en pieles, aquellos hombres que bajaban del tren con fuertes abrigos, todo aquel lujo confortable naufragado en aquel mar de hielo, les llenaba de asombro.

Pero ya Flora había reconocido á Severina. Ella, que acechaba el tren de Santiago, había notado, desde hacía algunas semanas, la presencia de aquella mujer en el exprés del viernes por la mañana; y tanto más cuanto que ésta, al llegar al paso á nivel, se asomaba á la portezuela para echar una ojeada sobre su propiedad de la Croix-de-Maufras. La mirada de Flora se obscureció viéndola hablar á media voz con el maquinista.

—¡Ah, la señora de Roubaud!—exclamó Misard—que acababa también de reconocerla, tomando inmediatamente su aire zalamero.

—¡Mala suerte ha sido!.... Pero no va Ud. á quedarse ahí, tiene Ud. que ir á casa.

Santiago, después de haber estrechado la mano al guardabarrera, apoyó su oferta.

—Tiene razón..... Estamos aquí quizás para rato; se moriría Ud. de frío.

Severina rehusaba, decía estar bien cubierta.

Además, los trescientos metros en la nieve la asustaban algo. Entonces, acercándose Flora, que la miraba con sus grandes ojos fijos, dijo por fin:

—Venga Ud., señora, yo la llevaré.

Y antes de que hubiese aceptado, la tenía ya cogida en sus vigorosos brazos de muchacho y la levantaba como á un chiquillo. Después la dejó del otro lado de la vía, en un sitio ya hollado en donde no se hundía la pisada. Algunos viajeros se echaron á reír, maravillados. ¡Vaya una mujer! Con doce como esa, en menos de dos horas se despejaba la vía.

La proposición de Misard, aquella casa de guardabarrera en donde podían refugiarse, hallar lumbre, quizás pan y vino, corría de un coche á otro. El pánico se había calmado cuando comprendieron que no corrían ningún peligro inmediato; pero no por eso dejaba de ser menos lamentable la situación; los caloríferos se enfriaban, eran las nueve, iban á tener hambre y sed, á poco que tardase en llegar algún socorro. Y aquello podía eternizarse, acaso tendrían que dormir allí..... Dos bandos se formaron; los que, desesperados, no querían abandonar los coches y se instalaban como para morir en ellos, envueltos en sus mantas, tirados rabiamente sobre los asientos; y los que preferían arriesgarse en medio de la nieve, esperando encontrar algún alivio y deseosos sobre todo de quitarse de encima la pesadilla de aquel tren varado, muerto de frío. Todo un grupo se

formó compuesto del comerciante canoso y su joven mujer, la señora inglesa con sus dos hijas, el joven del Havre, el americano, y unos diez más, listos para ponerse en camino.

Santiago, en voz baja, había decidido á Severina, jurándole que iría á darla noticias si podía escaparse un ratito. Flora seguía mirándoles con ojos torvos, y él la habló cariñosamente, como un viejo amigo.

—¡Bueno! pues convenido, vas á guiar á estos señores..... Yo me quedo aquí con Misard y con los demás. Vamos á ponernos al trabajo y haremos lo que podamos, mientras llega más gente.

En seguida, Cabuche, Ozil y Misard cogieron palas para unirse á Pecqueux y al conductor jefe, quienes atacaban ya la nieve. La reducida escuadra se esforzaba en libertar la máquina, hundiendo las palas bajo las ruedas y echando las paladas de nieve contra la escarpa. Nadie habría ya la boca, sólo se oía aquel ahinco silencioso, en la sorda capa blanca que cubría el campo, y cuando ya estaba lejos el grupo de viajeros, volvió una última mirada hacia el tren, que quedaba solo, no viéndose de él más que una delgada línea negra, bajo la espesa sábana que lo cubría. De nuevo quedaban cerradas las portezuelas y corridos los cristales. Parecía muerto, sin una voz, sin un movimiento. La nieve continuaba cayendo, sepultándolo lentamente, con muda obstinación.

Flora había querido coger otra vez á Severina en sus brazos, pero ésta había rehusado;

deseaba andar como los demás. Costó trabajo transponer los trescientos metros: sobre todo en la zanja, hundíanse hasta el pecho; y dos veces fué necesario el salvamento de la gruesa señora inglesa, medio sumergida.

Sus hijas continuaban riendo, contentísimas. La mujer del viejo comerciante resbaló y tuvo que aceptar la mano del joven del Havre, en tanto que su marido decía pestes de Francia con el americano. Cuando salieron de la zanja fué ya más cómodo el camino; pero seguían un terraplén, y el grupo avanzaba en hilera, luchando contra el viento, evitando cuidadosamente los bordes, vagos y peligrosos bajo la nieve. Por fin llegaron, y Flora instaló á los viajeros en la cocina, donde ni asiento para cada uno había, pues eran unos veinte llenando la pieza, bastante grande afortunadamente. Todo lo que se le ocurrió fué ir á buscar tablones, é improvisó varios bancos con unas sillas que tenía. Luego echó una brazada de lumbre en el hogar, é hizo un gesto, como para decir que era cuanto podía hacer. No había pronunciado una palabra y quedó de pie, mirando aquella gente con sus anchos ojos verdosos, con su aire huraño y valiente de salvajota rubia. Sólo dos caras le eran conocidas por haberlas visto con frecuencia en las portezuelas desde hacía algunos meses: la del americano y la del joven del Havre, y las examinaba cual se estudia el insecto revoloteador, cuando por fin se posa, y cuyo vuelo no podíamos seguir. Parecíanle muy extraños, no se los había

figurado así; pero fuera de su semblante nada sabía de ellos.

En cuanto á las demás personas, hacíanle el efecto de ser de raza distinta, habitantes de una tierra desconocida, caídos del cielo, trayendo á su casa, en el fondo de aquella cocina, traje, costumbres é ideas que nunca se le habría figurado ver allí. La señora inglesa hablaba con la mujer del comerciante, que iba á las Indias á juntarse con su hijo primogénito, alto funcionario; y ésta se burlaba de su mala sombra, pues era aquella la primera vez que había tenido el capricho de acompañar á Londres á su marido, quien iba allí dos veces al año.

Todos se lamentaban al pensar que podían quedar bloqueados en aquel desierto: sería preciso comer, sería preciso acostarse, ¿y cómo se las iban á arreglar?....

Flora, que les escuchaba inmóvil, encontrando la mirada de Severina, sentada sobre una silla, delante de la lumbre, le hizo una seña para que pasara al cuarto de al lado.

—Mamá—dijo al entrar—es la señora de Roubaud.... ¿No tienes nada que decirle?

Eufrasia estaba acostada, con la cara amarillenta, invadidas las piernas por la hinchazón, y tan enferma, que no abandonaba la cama desde hacía quince días; en aquel pobre cuarto, en donde la estufa sostenía un calor abrasador, pasaba las horas revolviendo la idea fija de su obstinación, sin más distracción que la sacudida de los trenes á todo vapor.

—¡Ah! la señora de Roubaud—murmuró.—
¡Muy bien, muy bien!

Flora le contó el accidente; le habló de aquella gente que había traído y estaba allí en la cocina. Pero nada de eso la interesaba ya.

—¡Muy bien, muy bien!—repitió con la misma voz cansada.

Sin embargo, recordó y levantó un poco la cabeza para decir:

—Si la señora quiere ir á ver su casa, ya sabes que las llaves están colgadas junto al armario.

Pero Severina rehusaba. Tuvo un calofrío con sólo pensar en ir á la Croix-de-Maufras, en medio de aquella nieve, con aquella luz tan triste. No, no, nada tenía que ver allí, prefería quedarse esperando al calorcito.

—Siéntese, siéntese, señora—repuso Flora.—
Todavía estamos aquí mejor que en la cocina. Y además, no lograremos encontrar pan para toda esa gente; mientras que si Ud. tiene hambre, siempre habrá un pedazo para Ud.

Había adelantado una silla, continuaba siendo amable, haciendo un visible esfuerzo para corregir su rudeza ordinaria. Pero sus ojos no se apartaban de Severina, como si hubiese querido leer en ella, tener la certidumbre acerca de una pregunta que desde há tiempo se hacía, y bajo aquella amabilidad se manifestaba la necesidad de acercarse á ella, de examinarla, de tocarla, para saber la verdad.

Severina dió las gracias, se instaló junto á la

estufa, prefiriendo, en efecto, quedar sola con la enferma, en aquel cuarto, en donde esperaba que Santiago hallaría medio de venir á verla. Pasaron dos horas, se abandonaba á aquel calor y se dormía, después de haber hablado del país, cuando Flora, llamada á cada instante á la cocina, abrió de nuevo la puerta, diciendo con su voz dura:

—¡Entra, puesto que está aquí!

Era Santiago, que se escapaba para traer buenas noticias.

El hombre enviado á Barentín acababa de traer toda una escuadra, unos treinta soldados dirigidos por la administración sobre los puntos amenazados, en previsión de los accidentes, y todos trabajaban con picos y palas. Sólo que había para rato; quizás no pudiesen salir de allí antes de anochecido.

—En fin, no está Ud. demasiado mal, tenga paciencia—añadió.—¿Verdad, tía Eufrasia, que no dejará Ud. que la señora de Roubaud se muera de hambre?

Eufrasia, al ver á su muchachote, como le llamaba, se había sentado con trabajo sobre la cama y le miraba, escuchándole hablar, reanimada, feliz. Al acercarse él á la cama le dijo:

—¡Pues claro, hombre, pues claro! ¡Ah, muchachote, con que estás ahí! ¡con que á tí te tocó quedar encarcelado por la nieve!..... ¡Y esa bestia que no me avisa!

Se vo vió hacia su hija y la interpelló.

—Sé cortés siquiera, ve á ver á esos señores

y ocúpate de ellos para que no digan á la administración que somos unos salvajes.

Flora quedó plantada entre Santiago y Severina. Durante un momento pareció titubear, preguntándose si no debía quedarse allí, á pesar de su madre. Pero no veía nada, la presencia de ésta tendría á raya á los dos otros, impidiéndoles venderse, y salió, sin decir una palabra, envolviéndoles en una larga mirada.

—¡Pero cómo! tía Eufrasia—repuso Santiago entristecido, ¿de modo que está Ud. definitivamente en la cama? ¿va de veras la cosa?

Ella le atrajo hacia sí y hasta le obligó á sentarse sobre la orilla del colchón, y sin acordarse de Severina, que se había apartado por discreción, le dijo en voz muy baja:

—¡Oh, sí, muy serio! y es un milagro que me encuentres viva..... No he querido escribirte, porque esas cosas no se escriben..... He estado á punto de guillármelas; pero ahora ya estoy mejor y me parece que todavía esta vez saldré adelante.

El la examinaba, asustado por los progresos del mal, no hallando en ella ni vestigios de la hermosa y sana mujer de otro tiempo.

—De modo que siempre esos calambres y esos vértigos, mi pobre tía Eufrasia.

Pero ésta le estrechaba la mano hasta rompersela y continuó, bajando más la voz:

—Figúrate que le he sorprendido..... Recordarás que no sabía qué pensar ni qué figurarme para averiguar dónde podía darme su droga. No

bebía, no comía nada de lo que él tocaba, y sin embargo, todas las noches tenía el vientre abrasado..... ¡Pues bien, me la atizaba en la sal! Una noche le ví..... ¡Y yo que en todo ponía sal, mucha sal para purificar!

Santiago, desde que la posesión de Severina parecía haberle curado, pensaba á veces en aquella historia de envenenamiento, del mismo modo que uno piensa en una pesadilla, con dudas. Estrechó á su vez cariñosamente las manos de la enferma y quiso calmarla.

—¿Pero vamos á ver, es posible todo eso?.... Para decir cosas semejantes hay que estar seguro..... ¡Y además dura demasiado! Mire Ud., más bien es una enfermedad en la que no dan pie con bola los médicos.

—¡Una enfermedad!— repuso ella con risa incrédula — una enfermedad que me ha metido en el pellejo, eso sí!.... En cuanto á los médicos, tienes razón; han venido dos que ni una palabra han entendido en esto, y que ni siquiera cayeron de acuerdo. No quiero que ningún pájaro de esos vuelva á poner los pies aquí..... Con que ya sabes, en la sal es donde me la pegaba. ¡Cuando te juro que le he visto! Es por los mil francos, los mil francos que mi padre me dejó. Se figura que cuando me haya destruído los encontrará. Pues que se limpie: están en un sitio en que nadie los descubrirá nunca, nunca..... ¡Puedo marcharme, estoy tranquila, nadie tendrá jamás mis mil francos!

—Pero tía Eufrasia, yo, en lugar de Ud., avi-

saría á los gendarmes, si estuviese tan seguro. Tuvo ella un gesto de repugnancia.

—¡Oh! no, los gendarmes no..... Esas cosas sólo nos importan á nosotros; es un asunto entre él y yo. Sé que quiere comerme, y yo, naturalmente, no quiero dejarme comer. Y por consiguiente, no tengo más que defenderme, no ser tan tonta como lo he sido con su sal.... ¿Eh? ¿quién lo creería? ¡El aborto ese, un cachillo de hombre que cabe en un bolsillo, acabaría por dar cuenta de una mujerona como yo, si le dejaran, con sus dientes de rata!

Sintió un ligero calofrío, y respiró penosamente antes de acabar.

—Pero de todas maneras, no será por esta vez. Estoy mejor, y antes de quince días andaré lista por ahí..... Y otra vez, muy ducho tiene que ser para pescarme. Hombre, sí, quisiera ver eso. Si encuentra medio de darme otra vez su droga, pues es que, decididamente, él es más fuerte ¡y entonces, pues fastidiarse! ¡me las guillaré!..... ¡Que nadie se meta en eso!

Santiago creía que la enfermedad la trastornaba el cerebro, llenándoselo de ideas negras; y para distraerla trataba de chanclear, cuando de repente se puso Eufrasia á temblar bajo la sábana.

—Aquí está—dijo en voz baja.—Lo siento cuando se acerca.

En efecto, algunos segundos después, Misard entró. Se había puesto lívida, presa de ese temblor involuntario de los colosos ante el in-

secto que los roe; pues obstinada en defenderse sola, sentía hacia él un espanto que no confesaba. Pero Misard, que desde la puerta había envuelto á ella y al maquinista con una viva mirada, ni siquiera pareció luego haberles visto, al lado uno de otro; y con la mirada fría, empañada, con sus labios delgados, con su aire dulce de hombre enfermizo, confundíase en saludos ante Severina.

—Se me ha ocurrido que quizás quiera la señora aprovechar esta ocasión para visitar su propiedad, y me he escapado un instante..... Si la señora desea que la acompañe.....

Y como Severina rehusaba de nuevo, continuó con voz doliente:

—Quizás le haya extrañado á la señora no recibir frutas..... Todas estaban podridas, y la verdad, ni el porte valían..... Y luego vino una especie de huracán que ha hecho mucho daño..... ¡Ah, es triste que la señora no pueda vender! Un señor se ha presentado, pero pide reparaciones... En fin, estoy á la disposición de la señora, y la señora puede contar que la reemplazo aquí como si ella estuviera.

Después se empeñó en servirle pan y peras; peras de su propio jardín, sólo que éstas no estaban podridas. Severina aceptó.

Al atravesar la cocina, Misard había anunciado á los viajeros que seguían los trabajos, pero que todavía tardarían cuatro ó cinco horas.

Ya habían dado las doce, y comenzaron nuevos lamentos, pues principiaba á correr mueha

hambre. Flora, justamente, estaba diciendo que no tendría pan para todos.

Vino si tenía, había subido de la cueva con diez litros, los que puso sobre la mesa. Sólo que también faltaban vasos: era preciso beber por grupos, la señora inglesa con sus dos hijas, el señor viejo con su joven mujer. Esta, por otra parte, hallaba en el joven del Havre un servidor celoso, inventivo, que vigilaba sobre su bienestar. Desapareció, volvió con manzanas y un pan, descubierto en el fondo de la leñera. Flora se enfadaba, decía que era pan para su madre enferma.

Pero ya lo estaba cortando y lo distribuía á las señoras, principiando por la mujer del comerciante, que le sonreía halagada. Su marido no se había calmado aún, ni hacía caso de ella, ocupado en exaltar con el americano las costumbres comerciales de Nueva York. Nunca las inglesitas habían comido manzanas de tan buena gana. Su madre, muy cansada, estaba medio dormida. Había en el suelo, delante del hogar, dos mujeres sentadas, vencidas por aquella tardanza. Algunos hombres que habían salido delante de la casa para fumar y matar un rato, volvían helados, llenos de escalofríos.

Poco á poco el disgusto crecía, medio hambrientos, doblemente cansados por el malestar y la impaciencia.

Aquello se convertía en campamento de naufragos, en la desolación de unos cuantos seres civilizados, arrojados por el huracán sobre una isla desierta.

Y como las idas y venidas de Misard dejaban la puerta abierta, la señora Eufrosia, desde su cama de enferma, miraba. ¡Con que aquella era la gente que veía pasar como un relámpago, hacía próximamente un año, cuando se arrastraba desde su colchón hasta la silla!..... Y ya, rara era la vez que podía salir á la puerta de la calle; vivía sus días y sus noches sola, clavada allí; fijos los ojos en la ventana, sin más compañía que aquellos trenes que desaparecían tan pronto. Siempre se había quejado de este país de lobos, donde nunca recibía una visita; y de ahí que aquella ola de personas tomara el aspecto de un asalto dado en su casa. ¡Y pensar que entre aquellas gentes, únicamente preocupadas por sus asuntos, ni uno siquiera sospechaba que la habían envenenado la sal! Aquella idea la apesadumbraba; preguntábase si podía darse tanta infamia sin que nadie lo notara.

—¿Vuelve Ud. allí?—preguntó Misard á Santiago.

—Sí, sí—contestó este último—lesigo á usted.

Misard se fué cerrando la puerta. Y Eufrosia deteniendo al joven por la mano, le dijo al oído:

—Si me las guillo ya verás qué morro pone cuando no encuentre los cuartos..... Eso es lo que me divierte cuando pienso en ello. No creas, á pesar de todo, me voy contenta.

—¿De modo, tía Eufrosia, que quedará perdido para todos? ¿No le dejará Ud. ese dinero á su hija?

—¿A Flora? ¡para que él se lo coja! ¡Eso sí

que no!..... Ni siquiera á tí, muchachote mío, porque eres también demasiado tonto; también le quedaría á él algo entre las uñas..... ¡A nadie, á la tierra, adonde iré yo á juntarme con él!

Sus fuerzas se agotaban y Santiago la acostó de nuevo; la calmó, besándola y prometiéndola volver pronto. Y como parecía quedar adormilada, pasó por detrás de Severina, que continuaba sentada junto á la estufa; levantó un dedo, sonriendo, para recomendarla fuese prudente; y cuando ésta, con un movimiento silencioso, echó la cabeza hacia atrás ofreciendo sus labios, él se inclinó y pegó su boca contra la suya en un beso profundo y discreto. Sus ojos se habían cerrado, bebían su aliento. Cuando los abrieron llenos de amor, Flora, que había abierto la puerta, estaba allí, de pie detrás de ellos, mirándoles.

—¿No quiere más pan la señora?—preguntó con voz ronca.

Severina, aturdida, avergonzada, balbuceó palabras vagas.

—No, no, gracias.

Durante un instante fijó Santiago sobre Flora sus ojos centelleantes. Titubeaba, sus labios temblaban como si quisiera hablar; luego, haciendo un gran gesto amenazador, prefirió marcharse.

Detrás de él se cerró la puerta violentamente.

Flora había permanecido en pie, como una virgen guerrera, cubierta la cabeza con su pesado casco de cabellos rubios. Su disgusto, al

ver á aquella señora en el tren que él guiaba, no la había, pues, engañado. La certidumbre que buscaba desde que los tenía juntos, era por fin absoluta. Flora amaba y no sería correspondida. Sentía no haberse entregado el día que Santiago quiso poseerla brutalmente, é irritada por esta idea nacía en ella una rabia furiosa contra la criatura que aquél había preferido.

Con un apretón de sus duros brazos podría ahogarla como un pajarito. ¿Por qué no se atrevía? Sin embargo, juraba vengarse, sabiendo, de aquella rival, cosas que la habrían hecho encarcelar, en vez de dejarla libre como á todas las zorras vendidas á viejos poderosos y ricos. Y torturada de celos, henchida de ira, se puso á quitar lo que quedaba del pan y de la fruta haciendo gestos de hermosa virgen salvaje.

—Puesto que la señora no quiere comer más, voy á dar esto á los otros.

Sonaron las tres, luego las cuatro. El tiempo de espera se hacía pesado, se alargaba, en medio del cansancio y de la irritación creciente. Volvía la noche, lívida, sobre la espaciosa campiña blanca; y cada diez minutos, los señores que salían para mirar desde lejos en qué situación se encontraban los trabajos, entraban diciendo que la máquina no parecía estar lista. Hasta las dos inglesitas lloraban ya enervadas.

En un rincón, la morena bonita se había dormido contra el hombro del joven del Havre, cosa que el marido ni siquiera veía, en medio del abandono general que daba al traste con las

fórmulas de cortesía. La pieza se enfriaba, tiritaban, sin acordarse siquiera de echar leña al fuego, de tal suerte, que el americano se fué, pareciéndole que estaría mucho mejor echado sobre el asiento de un coche. Y esta era ahora la idea fija, el sentimiento de todos; hubieran debido quedarse allí; siquiera no les habría devorado la ignorancia en que estaban de lo que ocurría. Fué preciso detener á la señora inglesa, que hablaba también de ir á pasar la noche en su compartimiento.

Cuando quedó puesta una bujía en un rincón de la mesa, para alumbrar á toda aquella gente, el descorazonamiento fué inmenso, todo se hundió en una sombría desesperación.

Allá, sin embargo, la vía quedaba al descubierto; y en tanto que la escuadra de soldados que habían libertado la máquina barría el camino delante de ella, el maquinista y el fogonero habían subido á su puesto.

Santiago, viendo que por fin cesaba la nieve, volvía á tener confianza. El guarda-agujas Ozil le había asegurado que más allá del túnel, hacia Malaunay, las capas eran menos considerables. De nuevo le preguntó:

—Usted ha venido á pie por el túnel, de modo que habrá podido entrar y salir libremente....

—¡Cuando yo se lo digo á Ud.! Le respondo de que pasará.

Cabucho, que había trabajado con una actividad de gigante bondadoso, se marchaba ya, con aire tímido y huraño, aumentado aún por

30858

sus últimos disgustos con la justicia, y tuvo Santiago que llamarle.

—Compañero, denos Ud. nuestras palas, esas que están ahí contra la escarpa.

Y cuando el cantero le hubo prestado este último servicio, le dió un vigoroso apretón de manos para demostrarle que le estimaba.

—¡Usted sí que es un hombre decente!

Aquella prueba de amistad conmovió extraordinariamente á Cabuche.

—Gracias—dijo simplemente—ahogando algunas lágrimas.

Misard, que había vuelto á ser su amigo, después de haberle calumniado ante el juez de instrucción, aprobó con un movimiento de cabeza, dibujando sus labios una disimulada sonrisa. Hacía ya rato que no trabajaba, con las manos en los bolsillos, envolviendo el tren en una mirada pálida, como si esperase encontrar algo debajo de las ruedas.

Por fin, el conductor jefe había decidido, en unión de Santiago, que podían tratar de proseguir el viaje, cuando Pecqueux, agazapado sobre la vía, llamó al maquinista.

—Mire Ud., ese cilindro ha recibido un golpe.

Santiago se acercó y se agazapó á su vez. Ya había notado, al examinar cuidadosamente la Lisón, que estaba herida. Al despejar la vía notaron que algunos travesaños de roble, dejados á lo largo de la escarpa por peones camineros, se habían corrido hasta los rails, bajo la acción de la nieve y del viento; y hasta la parada, en parte,

obedecía sin duda á aquel obstáculo, pues la máquina había tropezado contra los travesaños. Había señales del roce sobre la caja del cilindro, en el que parecía algo deteriorado el émbolo. Pero todo se reducía á aquello, por lo menos á primera vista, lo cual tranquilizó al maquinista. Quizás existiesen graves desórdenes interiores, pues nada hay más delicado que el mecanismo complicado de los volantes, en donde late el corazón, el alma de la máquina. Volvió á su puesto, silbó y abrió el regulador como para probar las articulaciones de la Lisón. Costóle trabajo moverse á ésta, como persona magullada por una caída, que no halla fuerza en sus miembros. Por fin, con respiración penosa, arrancó, haciendo girar un poco sus ruedas; Santiago hizo un movimiento de cabeza, pues conociéndola á fondo, acababa de sentirla bajo su mano, cambiada, envejecida, herida entre la nieve por un golpe mortal, como esas mujeres jóvenes y robustas que se mueren del pecho por haber vuelto una noche á casa bajo el efecto de una lluvia helada.

De nuevo silbó Santiago después que Pecqueux hubo abierto el purgador. Los dos conductores estaban en su puesto, Misard, Ozil y Cabuche subieron sobre el estribo del furgón de cabeza.

Lentamente salió el tren de la zanja, entre los soldados armados con sus palas, que se habían colocado á derecha é izquierda, á lo largo de la escarpa. Luego se detuvo delante de la casa del guardabarrera para recoger á los viajeros.

Flora estaba en la puerta. Ozil y Santiago se fueron á su lado, en tanto que Misard saludaba muy obsequioso á las señoras y á los caballeros que salían de su casa, recogiendo monedas de plata. ¡Con que por fin cesaba el cautiverio! Pero habían esperado demasiado, y toda aquella gente tiritaba de frío, de hambre y de cansancio.

La señora inglesa se llevó á sus dos hijas medio dormidas; el joven del Havre subió en el mismo coche que la linda morena, muy lánguida, poniéndose á disposición del marido.

Y parecía aquello, en medio de la nieve, sucia y pisoteada, el embarque de una tropa derrotada, atropellándose, abandonándose, perdido hasta el instinto de la limpieza.

En cierto momento, apareció la señora Eufrosia en la ventana del cuarto, detrás de los cristales. La curiosidad la hizo tirarse de su colchón, y arrastrarse hasta allí para mirar con sus grandes ojos de enferma aquella muchedumbre desconocida, aquellos transeuntes del mundo en movimiento, á quienes no volvería á ver nunca, traídos y arrastrados por la tormenta.

Severina fué la última que salió. Volvió la cabeza y sonrió á Santiago, que se inclinó para seguirla hasta su coche. Y Flora, que lo esperaba, se estremeció otra vez viendo aquella tranquila demostración de su ternura.

Con un movimiento brusco se acercó á Ozil, á quien hasta entonces había desdeñado, como si en medio de su odio, sintiese ahora la necesidad de un hombre.

El conductor jefe dió la señal; la Lisón contestó con silbido quejumbroso, y Santiago arrancó para no detenerse hasta Rouen.

Eran las seis; la noche acababa de caer del cielo negro sobre el campo blanco; mas un reflejo pálido, de melancolía horrible, permanecía á nivel del suelo, alumbrando la desolación de aquel país devastado.

Y allí, en aquella claridad indecisa, la casa de la Croix-de-Maufras se erguía oblicuamente, más mísera aún y negra en medio de la nieve, con el letrero «Se vende,» clavado sobre su fachada.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

En París entró el tren en la estación á las diez y cuarenta minutos de la noche. Hubo una parada de veinte minutos en Rouen, para que pudieran comer los viajeros, y Severina se apresuró á enviar un telegrama á su marido, avisándole que volvería al Havre en el exprés del día siguiente por la noche. ¡Toda una noche en brazos de Santiago, la primera que iban á pasar juntos, en un cuarto cerrado, libres por completo, sin temer á ser molestados!

Al salir de Mantes, Pecqueux había tenido una idea. Su mujer, la señora Victoria, estaba en el hospital desde hacía ocho días, por un